

Acompañantes en el Camino

TESTIMONIO en este número ha querido poner nombre, rostro, dar voz, hacer presentes, reavivar la acción misteriosa, aproximar a los religiosos a un grupo de hombres y mujeres que en las últimas décadas fueron en América Latina y el Caribe nuestros compañeros de camino. Por ellos, en cierto sentido, somos lo que somos. Ellos están, en algunos casos en el origen de nuestra vocación y en el modo de responder a ella. Los hemos visto y los vemos como guardianes de la sabiduría, la felicidad y la fidelidad. Estas páginas quieren poner de relieve que el proyecto de una vida religiosa revitalizada, y en cierto modo nueva, ha estado en el corazón, en la mente, en el proceder, en el decir de un grupo de mujeres y de hombres del continente que nos han precedido y han puesta la semilla.

Varios han sido los motivos que nos han llevado a centrar nuestra atención en este tema. No ha sido menor el hecho de que vivimos una cierta orfandad, tanto en las familias fragmentadas, como en una sociedad de líderes poco acogedores y en una Iglesia de relaciones interpersonales bastante dañadas. Faltan maestros y acompañantes en ejercicio. Por eso hemos querido evocar la figura de grandes compañeros de ruta.

Compañeros han sido y son porque nos han ofrecido fuerte motivación para vivir el carisma de la vida consagrada; nos han entregado una gran visión para que vayamos hacia adelante como quien ve lo invisible; una dirección, es decir, una ayuda para tomar un rumbo; un acompañamiento y formación que nos ha capacitado para hacer la andadura.

La motivación es importante en una persona y en un grupo en nuestros días. Motivar es dar sentido, crear entusiasmo, dar razones, revivir el credo... De eso el evangelio está lleno. Jesús les dejó a los discípulos muy motivados. Nos viene bien la motivación intensa. Estos compañeros nos dejaron con lo que los franceses llaman “punch”, los americanos “input”,

los españoles “ilusión”, los italianos “forza”. Con el evangelio en mano, lo podemos identificar con la vida eterna y la pasión por el Reino.

Un religioso precisa visión; necesita alguien que despierte y mantenga constantemente vivos los grandes deseos y las grandes pasiones: el sentido de santidad, el deseo fuerte de conversión y de una gran calidad de vida. Se necesita que se reavive en él el sueño de América y no se olvide en él el sueño de Asia y de África, el de la calidad en la educación, el de vivir el carisma con pasión y la misión compartida con los laicos, el de la interacción con los jóvenes. La fuerza profética de estos compañeros de camino hizo que no nos dedicáramos a apagar fuegos sino todo lo contrario, a seguir multiplicando y alimentando el fuego que Jesús puso en la tierra echando en él buena leña. Un grupo y un religioso que no tiene compañeros de camino ni líderes que ven lejos y lo más claro posible no van a subsistir. Para eso es bueno acercarse a los que logran ver con los ojos del Papa y de los jóvenes, de los pobres y de los laicos... y que no se proyectan más allá del año 2015. Y de paso que no miren hacia atrás más de lo indispensable.

De ellos nos llega una dirección. Los buenos compañeros acogen, animan, dirigen, conducen y gobiernan. Evitan que se gire en redondo sin emprender la marcha hacia ninguna parte. Señalan el norte y cortejan en el camino para llegar a tiempo y bien acompañados. Saben ofrecer los odres adecuados para verter el vino nuevo y tener el arte de llegar a resultados concretos; no les puede faltar el gusto por lo cotidiano y sencillo. Nos han dado claro testimonio de audacia y de lucidez.

*Por fin, se convierten en una buena compañía y en molde de una estu-
penda formación y, en cierto modo, nos han hecho nacer de nuevo. Han
sido maestros. Han acertado a reavivar la fe que en este caso significa
hacer memoria de que somos obra del Padre (1 Tim. 3, 15). Él nos protege
y guía. Estos testigos han mantenido viva la profecía. Han fortalecido la
esperanza. Ello significa confesar que de ellos seguirá llegando la fuerza
para “caminar humildemente en el Señor, amar con ternura y practicar
la justicia” (Mic. 6,8). Si algo sembraron estas mujeres y estos hombres
grandes fue esperanza, fortaleza, entusiasmo, mística, vigor y conviccio-
nes de la vida cristiana y religiosa. No les faltó el realismo de la esperanza.
¡Qué bien nos han hecho “estos y estas” que nos han mostrado el rostro
de la esperanza y nos han dado esperanza; han sabido hablar de Jesucris-
to como de una buena noticia, que nos afirma y confirma como hermanos.
¡Tantas veces han logrado convertir cada comunidad en un foco de espe-
ranza! De ellos hemos aprendido que los jóvenes, que son para nosotros
como el aire que respiramos, buscan grupos que están animados por hom-
bres de esperanza y que tienen una esperanza viva porque las más de las
veces están necesitados de ella. Para formarnos han reanimado nuestra*

caridad. Son muchas las veces que por la mediación de estos compañeros, el Señor ha derramado el amor en nuestro corazón. Ellos han sido para nosotros madre y padre. Con ellos hemos sufrido y también gozado. Por ellos hemos nacido a la vida religiosa, nos han ayudado a crecer, nos han formado, purificado, multiplicado. Por este amor ahora damos gracias. Este amor les ha llevado a hacer todo lo más posible para conseguir congregaciones y comunidades “sin mancha ni arruga” (Ef. 5, 25-27). Por amor a la Iglesia nos dejan con ganas de ser equipos hechos de mujeres y hombres que amen con ternura y se dejen amar; que estén llenos de caridad pastoral. Solo quien ama mucho puede mandar bien; cuando falta el amor solo se ejerce poder; no se acoge, anima y acompaña.

La herencia de estos compañeros nuestros es magnífica. Es de las que dan vida. Ellos nos hablaron y hablan nuestro propio idioma; deben seguir siendo bien escuchados; solo con ellos podremos reavivar la vida religiosa. A su vez, nos piden ser compañeros de muchos de nuestros hermanos y hermanas de hoy. Demos el paso. Sigamos la hoja de ruta que ellos nos dejaron trazada.